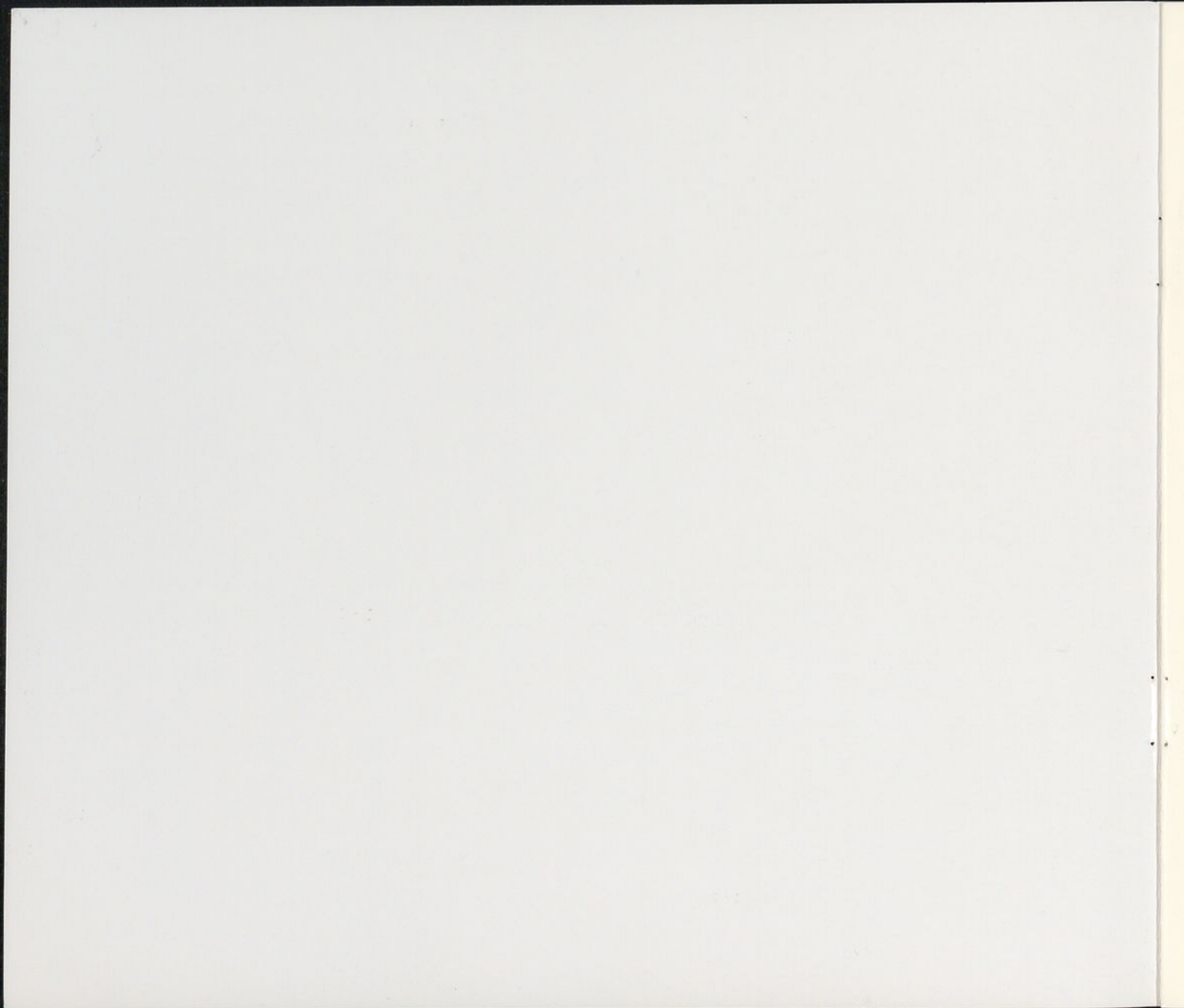


*Pregón de Semana Santa
Valladolid 2011*

Por D. Javier González Ferrari

C.205-4



ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

Pregón de Semana Santa Valladolid 2011

Por el Ilmo. Sr. D. Javier González Ferrari

Santa Iglesia Catedral, 8 de abril

Biblioteca del Archivo



1415279
C.205-4

R. 22073

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

Pregon de Semana Santa Valladolid 2011

Por el Ilmo. Sr. D. Javier González Ferrer

San Juan Caballero, 8 de abril

San Pedro y San Pablo, 10 de abril

San Marcos, 12 de abril

San Andrés, 14 de abril

San Bartolomé, 16 de abril

San Mateo, 18 de abril

San Marcos, 20 de abril

San Juan, 22 de abril

San Pedro y San Pablo, 24 de abril

San Andrés, 26 de abril

San Bartolomé, 28 de abril

San Mateo, 30 de abril

Montaje y decoración: Leopoldo Adiego Sanz y Miguel Sánchez Rodríguez
Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa
Fotografías: Chema Concellón
Compone e imprime: Imprenta Municipal
Depósito Legal: VA-247/2011

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

hacido del mundo... con la... de la calle y la
exposición pública a... de las... más bellas
de la imaginación... Y
llego a la ciudad de mi... tanto me
una... de mi
ver... no...
por una... como una
llega de...
gentes de... y a ella la
por...
para...
comunicación...

Excelentísimo Señor Alcalde de la ciudad de Valladolid,
Señoras y Señores Concejales de la Corporación Municipal,
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades,
Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo
Señor Deán e Ilustre Cabildo Catedralicio
Señor Presidente y miembros de la Junta de Cofradías,
Señores Presidentes de las Cofradías Vallisoletanas,
Hermanos Cofrades,
Señoras y Señores,

Llego esta tarde de primavera a esta Santa Iglesia Catedral de Valladolid para pronunciar el Pregón de Semana Santa, el preámbulo del ciclo que con verdadero anhelo esperan miles y miles de personas en nuestra ciudad. Es el momento de recordar la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro señor Jesucristo y

hacerlo del modo más vivo, con la penitencia de la calle y la exposición pública a paisanos y visitantes de las figuras más bellas de la imaginería que hemos heredado de nuestros ancestros. Y llego a la ciudad de mis antepasados, la ciudad a la que tanto me une, comenzando por una de las personas más importantes de mi vida, mi madre, Faustina Ferrari que debería estar aquí si no fuera por una fractura de cadera de la que se esta recuperando como una jabata de casi 94 años. De esa pasta indestructible están hechas las gentes de esta ciudad, de esta tierra. Ella me dio la vida y a ella la vio nacer Valladolid, la ciudad de su abuelo Emilio Ferrari. Un periodista testigo de la época en la que la urbe empezó a cambiar para convertirse en lo que es hoy. Llego a la Seo Metropolitana onnipresente de esta Valladolid omnisciente por curtida y antañona. Me presento ante ustedes dispuesto a pergeñar algunas ideas cuya fuerza emana del sentimiento y de las vivencias. Llego a este pregón dispuesto a ofrecerles un inventario desde dentro y ante estos muros que testifican el devenir de generaciones. Bella en su singularidad, completa aún sin serlo, nacida como El Escorial o Aranjuez de la genialidad renacentista de Juan de Herrera y a la vera del retablo de Juan de Juni. Llegó dispuesto a ponerle voz a los sentimientos del poeta sin nombre, como la escucha sobria y entusiasta de aquéllos que al otro lado de la radio, que es mi vida, exploran universos infinitos en la voz que les acompaña. Y con el mismo sentimiento con el que Guevara o Teresa de Jesús, o sólo Dios sabe quién, escribiera el monumental soneto que me marcó desde el momento en el que lo leí, casi cincuenta años atrás:

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Y con la misma humildad afronto la tarea.

Yo que he abierto cientos de veces la mañana de España en la radio, mi voz que ha roto miles de veces la noche mágica con un micrófono entre usted y yo, acometo ahora la para mi nada usual tarea de pregonar la Semana Santa. De antemano les advierto que se trata de un oficio, el del Pregonero, tan propio de un periodista pero tan infrecuente, que ejerzo el noviciado pero no exhibo magisterio alguno. Les pido indulgencia, en consecuencia, para este Pregonero, bisoño en estas lides, pero artesano de la palabra y heredero del Valladolid cuya sangre corre también por estas venas mías.

Pero, en fin, bien pensado, esto que hago es lo que he hecho toda mi vida: me enfrento a un micrófono y a usted, en particular a la parte de usted en la que radica lo mejor que tenemos, el alma, los

sentimientos instalados en lo más profundo de nosotros mismos. Eso es la Semana Santa, así funciona esta época misteriosa del año, del espíritu y, en definitiva, así funciona este medio fascinantemente mágico que es la radio. Yo siempre me digo a mí mismo: "...cuando cuentes algo, procura que sea interesante, no basta con que sea importante". He tenido la suerte de poder hacerlo, con mayor o menor fortuna, en todas las emisoras de radio del país desde los años setenta. En realidad, yo nací en la radio, donde mi padre, Antonio Calderón, había creado diez años antes que a mí el cuadro de actores de Radio Madrid y cuando yo tenía sólo doce años le veía salir de casa para crear el Matinal. En la radio he hecho de todo, desde aprender como catecúmeno de los grandes que han creado el medio, hasta conducir los programas más relevantes en todas las emisoras de España. He visto pasar delante de mi máquina de escribir cientos de folios en los que se contenía la historia urgente de una España cambiante desde que en 1975 me encargaran leer noticias censuradas en ese mismo Matinal. Y luego "Hora 25", y "Hora 0" y "La Trastienda", y "España a las 8" y tantas y tantas horas hablándoles a ustedes, perdón a usted, a mi oyente, porque cada uno tenemos el nuestro al que le hemos puesto cara y sentimientos y a quien cada vez que hablamos le contamos algo desde la intimidad de un diván. En tantos años he tenido la oportunidad de conocer y hablar con personajes deslumbrantes, pero lo que mantiene la fascinación por el micrófono es sostener el misterio sobre nuestro interlocutor invisible, motor de nuestro deseo de contar historias día tras día. Pero no es ahora el momento de la nostalgia personal, sino de intentar que aquéllo que este pobre lego pueda decirles de lo que

ustedes conocen mejor que yo, consiga, si no conmoverles, al menos interesarles.

Me enfrento al reto de venir a anunciar lo que mi bisabuelo jamás pudo pregonar, la Semana Santa de nuestra ciudad, y hacerlo en ofrenda a aquel pucelano ejemplar que fue don Emilio. Alcanzó durante su vida el alto honor de ser investido como Cronista de la Ciudad y ahora traigo yo aquí constancia fehaciente de que hubiera querido ocupar este púlpito y trasladar sus experiencias. Él no puede hacerlo, pero yo tengo hoy esa gran oportunidad.

Mi vinculación con Valladolid data de mediados del siglo XIX, aunque yo no fui consciente de ello hasta bien entrado el siglo XX cuando mi madre empezó a hablarme de su abuelo, ella como hija de un hijo de don Emilio, que es mucho más que una calle en la ciudad. Cuando hace un par de años, Valladolid se empeñó, acertadamente, en recuperar las reminiscencias de aquéllos tiempos gloriosos, con motivo de la conmemoración del Centenario de la construcción de la Casa Consistorial, la sede del Ayuntamiento, el punto de referencia de la ciudad, se celebró, entre otros actos, una exposición en la que se recreaba el Valladolid de entonces y de nuevo mi madre, la vallisoletana, tuvo ocasión de volver a recordarme mi adscripción a esta maravillosa ciudad de la que hoy soy afortunado Pregonero de su momento más excelso del año, la celebración de su Semana Santa. Es un honor al que llega un periodista como yo que nunca pensó que un día ocuparía este lugar en el sitio de la Catedral en la que me encuentro, a la vera del Valladolid histórico, no muy lejos del lugar donde se emplazaba la calle de la Lonja en la que

administraba su establecimiento un comerciante de la época que en 1850 vio como venía al mundo su hijo Emilio. Llegaría a ser Cronista de la Ciudad al fallecimiento nada menos que de José Zorrilla en 1893, pero nunca alcanzaría un honor semejante al mío de esta noche de abril, el de ejercer de heraldo de la Semana Grande. Hoy quiero rendirle homenaje, yo, bisnieto, como Pregonero que llego de nuevo a la ciudad de mis ancestros tras años de peregrinaje por otras muchas ciudades y por otras latitudes. Él, testigo de su época y de un Valladolid del que llegó a ser punto de referencia. Por aquí vivían entonces personajes tales como el referido José Zorrilla y Núñez de Arce, en un apasionante momento de España, convulso como el nuestro, incierto como el nuestro, en el que pudo conocer y tratar a Leopoldo Alas Clarín, Mesonero Romanos o Tamayo y Baus. Emilio Ferrari estudió en Valladolid, ganó por oposición una plaza de archivero en Toledo y luego, en Madrid, alcanzó la gloria literaria del momento tras intervenir en 1884 en una sonada sesión del Ateneo leyendo su poema más celebrado, *Pedro Abelardo*, y adquiriendo una resonancia que le abrió las puertas de muchas publicaciones de la época como *Blanco y Negro*, *El Imparcial* o *La Ilustración Española y Americana*. En 1905 alcanzó el alto honor de ingresar en la Academia Española de la Lengua, como decenios más tarde haría nuestro añorado Miguel Delibes, pero sólo pudo disfrutar de su sillón dos años, porque en 1907 falleció en medio del dolor popular de su ciudad, que organizó en su honor distintos homenajes, uno de ellos en el Teatro Calderón que aún resuena y, por supuesto, con el cambio de nombre de la calle de la Lonja por el de don Emilio Ferrari, poeta, periodista, colaborador habitual de

El Norte de Castilla, como años más tarde el llorado Paco Umbral, y otras publicaciones del momento como *El Velay*, *El Museo* o *La Ilustración de Valladolid*.

Con estos antecedentes de mis dos ramas familiares, alguno de los seis hermanos teníamos que dedicarnos al periodismo. Hoy, sus restos reposan en el panteón de Ilustres de la ciudad junto con otros que forman parte de la historia más hermosa del Valladolid de los últimos decenios, tales como José Zorrilla, Ricardo Macías Picavea, Pío del Río Horteiga, Vicente Escudero, Narciso Alonso Cortés, Rosa Chacel o Miguel Delibes.

Aquel Valladolid de mi bisabuelo tiene que ver con el actual en algunos rasgos y monumentos, enclaves y emplazamientos, pero en otras muchas cosas, especialmente las relativas a la vida cotidiana, es una ciudad muy distinta. La Guerra de la Independencia representó un cataclismo para ella y para sus moradores al comienzo del siglo, pero desde la mitad de la centuria empezaron a producirse ciertas buenas noticias que constituyen el comienzo del refulgente futuro que le depararía a pucela el siglo XX. En 1856 llega el ferrocarril, cuando Emilio Ferrari tenía tan solo 6 años. Este acontecimiento transformó de manera definitiva la trayectoria de la ciudad en lo sucesivo. Se trataba del tren del Norte, que venía de Madrid y recalaba aquí camino a Francia. La vía férrea se convirtió en la arteria que bombeaba actividad económica, luego refrendada con la instalación de los talleres del ferrocarril. A la ciudad le nació un nuevo margen, un nuevo límite que añadir al del río Pisuerga, que ya de por sí venía poniendo frontera a una urbe de no más de 70.000 habitantes por aquel

entonces. Y es que, en efecto, la vía del tren creó el otro Valladolid con su barrio de Las Delicias que se iría nutriendo de vecinos que llegaban de los pueblos a ocuparse en las actividades industriales y comerciales del Valladolid de entonces por las penurias en que se desenvolvían los habitantes del mundo rural. En vida de mi bisabuelo llega la luz eléctrica, en 1887, y con ella, las bombillas incandescentes que poco a poco fueron sustituyendo a los viejos lamparones. Precisamente fue en la acera del antiguo Convento de San Francisco y la colindante de la Lonja, donde nació Ferrari, la que hoy lleva su nombre, las primeras en esgrimir este crucial avance antes sus transeúntes y, como no, en las procesiones de la Semana Santa de aquella época.

Era una villa culturalmente muy activa, en la que el Ateneo acogía a los poetas del momento que antes referí al biografar a don Emilio, nombres a los que quisiera añadir el del muy brillante y preclaro Julio Senador. En la ciudad se hacía patente El Esgueva, ese río menor que el Pisuerga, pero que serpenteaba por en centro de la urbe con las incomodidades correspondientes cuando se producían desbordamientos o, simplemente, con las dificultades producidas por los accesos de insectos y vertidos insanos. Muy distinto del actual, pero ya con todo el sentido pulmonar de que ahora disfruta, el Campo Grande permitía ya el solaz de aquellos paisanos nuestros del siglo XIX, en la época que vió en acción al alcalde que ha pasado a la historia como uno de los más activos de todos los tiempos, don Miguel Íscar, y en la que se tomó la decisión de arrumbar el antiguo Ayuntamiento para dar paso a un edificio que años más tarde, hace ahora algo más de un siglo, se

instalaría definitivamente en el corazón de la ciudad, la Plaza Mayor, para ser testigo del devenir de sus gentes. En esa época, tal como ocurre también hoy, el templo de referencia de la ciudad era esta Catedral tan característica en la que nos encontramos. Por estos altares, ante estos muros, bajo estas columnas, rezaban ayer como hoy los vallisoletanos que nos precedieron y que hicieron de esta Seo la lanzadera de su encuentro con Dios. No muy lejos de aquí estaría Emilio Ferrari cuando escribió su soledad del alma que, recordada en la casa de Dios, suena a oración contundente y directa y que nos ayuda a encontrar el camino que nos marca la Semana Santa: el tiempo interior de conversión:

*Nunca, oh señor, como en la edad presente,
De su grandeza material ufana,
El desamparo y la soledad que siente
Ha sentido tal vez la raza humana*

*Ni un símbolo ante el cual caer de hinojos
Ni un sostén para el alma dolorida,
Ni una creencia a que volver los ojos,
Ni un ideal por el que dar la vida.*

*Aislados por un sórdido egoísmo,
Los hombres en cenáculos diversos,
Cual piedras que descuaja el cataclismo
Y pulveriza en átomos dispersos;*

*Sin una religión ni una doctrina
En las que comulgar por un instante,
De humana fe y autoridad divina
La desolada negación triunfante,*

*Esta generación, cuya alma hiela,
Señor, el desaliento solitario,
Muerto y pendiente de la cruz te vela,
Cual tu Madre en la noche del Calvario.*

*Y traspasada de terror siniestro,
Al rezar su oración de cada día,
Temerosa balbucea. "Padre nuestro...
¿estarás en los cielos todavía?"*

Todo ha cambiado mucho desde entonces. Y una de las cosas que más han evolucionado en positivo, claro, es nuestra Semana Santa. Valladolid ha cambiado tanto que allá donde voy, cuando se suscita una conversación sobre la ciudad, a menudo alentada por el acicate de la nostalgia y la ausencia, siempre nos repetimos que está irreconocible, que en Valladolid se vive muy bien y que se encuentra entre nuestros destinos favoritos. Que acudir a ella en Semana Santa es disfrutar de un monumento al aire libre. Pero en el siglo XIX las cosas no iban tan bien. La Guerra de la Independencia supuso un *shock* cuyas reminiscencias se manifestaron en una bajada de la calidad de las procesiones y una reducción notable del número de cofrades que participaban en la penitencia. Pero resulta obligado reseñar que ciertas cofradías mantenían las esencias de la tradición religiosa, como es el caso de la Cofradía de la Sagrada Pasión y su imagen del *Cristo de las Agonías*, con la que procesionaron desde el fin de la guerra contra los franceses hasta 1920. Pero de entre todas ellas destaca el vigor con el que en el Valladolid de mi bisabuelo Emilio Ferrari mantenía su actividad la Cofradía de Nuestra Señora de las

Angustias en la sede cercana a esta Iglesia Metropolitana. Se conoció con el nombre de la Catedral Chiquita y tanto los cultos correspondientes a la novena de la Virgen que le da nombre como las celebraciones del Viernes Santo congregaban a miles de fieles deseosos de contemplar la imagen de Juan de Juni. Los periodistas constataban a finales del XIX la difícil situación de la Patria e incluso llegaron a organizar importantes rogativas. Hasta este Templo vino la Virgen de las Angustias desde su "Catedral Chiquita" de enfrente del Teatro Calderón, cuando nos aprestábamos a librar la segunda Guerra de Cuba. Valladolid no era distinta a España en ese momento a la hora de padecer la profunda depresión experimentada con motivo de las disputas bélicas que dieron lugar a la pérdida de nuestras últimas posesiones ultramarinas como corolario a la desaparición del Imperio en que nunca se ponía el sol. Así que las autoridades organizaron rogativas y el cardenal Cascajares, entonces arzobispo vallisoletano, organizó la peregrinación de la siempre entronada en esta ciudad medieval como *La Señora*, hasta esta Seo hace ahora 112 años. En el traslado participaron autoridades civiles, militares, eclesiásticas, diputados, abogados, militares, dominicos, jesuitas y, cómo no, el clero y el Cabildo Catedralicio en el que nos encontramos. Todo ello ocurrió el 5 de abril de 1898, el año clave de cuyas cenizas nacería una generación de intelectuales que, bajo esta enseña y, heridos por la pérdida de potencia de España, propondrían estímulos para recuperar la grandeza perdida. La Penitencial de las Angustias era el centro de la vida social del Valladolid de mi bisabuelo y, en torno a ella, se daban cita los más

notables de la vida política, social e intelectual. En la tabla de cofrades de finales de los ochenta del siglo XIX figuran nombres tan conocidos como Manuel López Gómez, cuyos apellidos denominan a una de las calles que van a dar a la plaza de la Universidad donde radica la institución de la que fue rector. El propio José Zorrilla figuraba como hermano de la cofradía, en los instantes de máxima popularidad de que gozara en vida el autor del *Tenorio* y por entonces, como ya dije, Cronista de la Ciudad, predecesor en el cargo de mi familiar.

Eran tiempos turbulentos, momentos difíciles de la vida de España en que se fueron sembrando cizañas que, con el paso de las décadas y ya en el siglo XX, darían lugar a tristes frutos de todos conocidos. Pero eran también momentos de máximo fulgor religioso, en el que las liturgias protagonizaban la cotidianidad de la mayoría y en que las imágenes penitenciales se mezclaban con asuntos cotidianos más prosaicos, como en la anécdota que recupera el historiador Javier Burrieza datada en 1873, cuando “El Norte de Castilla” se hacía eco de cómo “el Cristo atado a la columna adscrito a la Vera Cruz llevaba en una procesión el gorro frigio de los republicanos”. Eran los tiempos de la primera República española.

Había tres días de procesiones: la primera, la del Domingo de Ramos, que arrancaba al alba desde la Vera Cruz llevando consigo la popular “Borriquilla”, con el acompañamiento de la gente y sus palmas. Hasta el miércoles, nada, y ese día era el de las carracas con las que los jóvenes hacían un ruido ensordecedor para celebrar las Lamentaciones o Tinieblas del Miércoles Santo. El Jueves salía La Cena, un paso tan pesado que sus portadores se hacían ayudar

del vino que contenía los pellejos que portaban y gracias al cual podían rematar una Estación de Penitencia que, de otro modo, sin esta ayuda singular, no habrían podido dar por concluida. Y, el Viernes de la Cruz, a las cinco, el Santo Sepulcro encogía los corazones de aquellos ciudadanos sin tele ni radio y casi sin luz eléctrica por la calle, con las impactantes imágenes de Cristo Muerto. Por delante, medio escuadrón de caballería entonando roncós sonidos tronantes, con enlutadas y roncás trompetas. Al final del cortejo, los fusiles. En las músicas que salían de los regimientos, las óperas de Rossini. A las nueve, regresaba a casa.

Y, ¿cómo eran las calles de Valladolid de aquel momento en plena Semana Santa? Había, como también ahora, muchos monumentos con Cristo expuesto. Destacaba el de esta Iglesia Mayor. Tiempos difíciles, con el sexenio revolucionario recién terminado, durante el cual muchas procesiones fueron prohibidas, pero los ayuntamientos de la Restauración, con el buen alcalde Miguel Íscar a la cabeza, fomentaban de modo decoroso las procesiones de los días mayores alrededor de la celebración de la Pasión y Muerte de Cristo. Miguel Íscar pedía orden al paso de los desfiles, impidiendo el tránsito de vendedores ambulantes. Esfuerzos de recuperación de una tradición gravemente perjudicada durante el siglo XIX, que se consolidaron cuando las autoridades eclesiásticas se implicaron a comienzos del XX, últimos días de la vida de Emilio Ferrari, en la recuperación de los desfiles procesionales, mientras que la ciudad recuperaba su esplendor perdido.

Releyendo los testimonios de aquella época, recopilando información para este texto, he meditado acerca del valor patrimonial y sentimental que tiene la Semana Santa para nuestra ciudad de Valladolid y he considerado lo importante de mantenerla viva e intensificar la importancia que estas manifestaciones religiosas tienen para nuestra sociedad. Tenemos que ser conscientes de que su pervivencia depende de cómo nos ocupemos de cuidarla, implicándonos en lo posible, inoculando en nuestros hijos el cariño por estas tradiciones y el conocimiento de las mismas. Así comprenderemos cómo, por ejemplo, hubo una época en que el brillo de la Semana Santa se apagó como consecuencia del ambiente enrarecido de un momento social y político desviado y sabremos que, aunque afortunadamente el panorama actual es muy diferente, la cizaña sigue esparcida para que en cualquier momento vuelva a ofrecer sus perniciosos y letales efectos. Tenemos que conocer la historia de nuestra Semana Santa, pero tenemos que vivirla intensamente, interiorizándola en nuestras familias, haciendo cómplices de nuestros infantiles desvelos de la noche de Jueves Santo o los fulgores del Domingo de Ramos a nuestros hijos, que han de tomar nuestro testigo como hicieron a mediados del XIX tanta gente para mantener viva la fe de Cristo en el momento de su sacrificio.

Dentro de muy poco, las calles de la ciudad se llenarán de sonidos y figuras de la Semana Santa. Recuerdo las celebraciones en mi infancia, cuando de pequeños nos ponían bonitos para Domingo de Ramos, se colocaban palmas en los balcones y las llevábamos en las manos para que fueran bendecidas en la parroquia. Yo viví

en mi infancia una Semana Santa madrileña, pero con un fuerte aroma vallisoletano que le imponía mi madre. Yo no estaba en Valladolid, pero vivía en la calle de Villalar y a muy pocos metros de la calle y del paseo de Recoletos. Todo, pues, han sido ecos vallisoletanos en mi vida y ha sido por eso por lo que desde mi insensatez acepté este gran honor de convertirme en Pregonero. Pero, sobre todo, por darle una alegría a mi madre, a quien me hubiera gustado tanto tener hoy aquí para certificar de cerca, aunque la sienta en la distancia, la emoción que le produce el mero hecho de escuchar la palabra Valladolid. Su amor por esta tierra es una de las muchas cosas maravillosas que la nieta de Emilio Ferrari me inculcó a mí y a mis seis hermanos.

La borriquilla, las palmas, el recuerdo de Nuestro Señor entrando triunfante en Jerusalén, pasando por delante del huerto de Getsemaní donde luego tanto sufriría. Me sigue pareciendo la más explícita metáfora del ser humano y de las sociedades en que nos desenvolvemos. Pero el Domingo de Ramos es para disfrutarlo en familia, para mirar a los ojos de los pequeños en los que se refleja un mundo propio y promisorio, cuando vean partir la Borriquilla desde esta Catedral y recorra las calles principales de Valladolid bajo los sonos del "Hosanna al Hijo de David". Las decenas de iglesias, cenobios, capillas, parroquias, sacristías, hasta ermitas, se convierten a partir de ese momento en un bullir esforzado y hermoso de cientos de cofrades que van a comprobar cómo su esfuerzo se materializa en procesiones bien ordenadas, en pasos bellamente ornamentados, en momentos cuya materialización corresponde a los que se han soñado durante todo el año. Tiempo

de túnicas, tiempo de sandalias, tiempo de pies descalzos, que hollarán calles cotidianamente escenario de nuestra vida y, durante una semana, trasunto de nuestro sentir espiritual castellano, heredado de nuestros padres y disponible para nuestros hijos: los pies que pisarán Angustias, Cebadería, la calle de Ferrari, Teresa, Gil, que recorreran en silencio penitencial López Gómez, Zorrilla, Acera de Recoletos, Miguel Íscar, bordeando Chancillería, coqueteando con el río, brujuleando en torno al Campo Grande. Semana Santa de Valladolid, con su procesión del Santísimo Rosario del Dolor y de la Buena Muerte, el Lunes Santo. La del Encuentro de la Virgen con su Hijo y la de la Promesa el Martes, o las del Arrepentimiento, la Piedad, la Peregrinación del Consuelo o el Santísimo Cristo de las Mercedes, el Miércoles Santo. Para llegar, con el Cristo de la Luz, desde la majestuosa plaza de Santa Cruz, en la Universidad, al día grande del Jueves Santo, en que las calles se asemejan al Jerusalén bullicioso y múltiple en el que Nuestro Señor padeció y murió. Entonces Valladolid se convierte en un gran Templo al aire libre, en que nos enfrentamos a nosotros mismos precisamente en los escenarios de nuestra vida cotidiana: las calles por las que solemos pasear, en las que se encuentran los bares que frecuentamos o los parques en los que juegan nuestros hijos, son ahora claustros de silencio y devoción para escuchar a Santa Teresa decir, mirando la estampa de nuestro Señor muerto tal y como nos la legaron Juan de Juni o Gregorio Fernández:

*Nada te turbe,
Nada te espante,
todo se pasa,*

*Dios no se muda;
la paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta:
Sólo Dios basta.*

Jueves de la Cena del Señor, Penitencia y Caridad, la Sagrada Cena, la Amargura, la Estación de Penitencia en este templo de templos, la Procesión de Cristo Despojado, la Procesión del Silencio y el Santo Entierro, con la figura de Nuestro Señor Yacente forjada por las manos magistrales de Gregorio Fernández.

El silencio. Tantas veces se hará el silencio en la plaza de Santa Ana, en la calle de La Pasión, Plaza Mayor o en la calle de Jesús, hasta la iglesia de San Pío X, en cuyo interior se realizará una Estación Penitencial, terminando con el rezo del *Miserere*, que envolverá nuestros corazones en un maravilloso reencuentro divino.

Y la palabra, la materia prima de cuantos nos dedicamos a la radio, la palabra del Sermón de las Siete Palabras el Viernes Santo, pregonado por toda la capital vallisoletana desde el amanecer. Y las visitas a los monumentos desde la tarde anterior, un recorrido que las familias vienen haciendo tradicionalmente en el día en que todos nos vestimos de fiesta. Y, por la tarde, la Procesión General, la de la Sagrada Pasión del Redentor, única en España entera en la tarde del Viernes del Gólgota, con todas las cofradías en la calle exhibiendo la más hermosa colección de pasos procesionales, de catequesis escultóricas, extraídos muchos de ellos del Museo Nacional Colegio de San Gregorio. Es Cristo

quien sale a nuestro encuentro acompañado de su Madre Dolorosa, en la manifestación de dolor mayor, la de un Hijo que ha muerto, la de quien todo lo da para testimoniar que la salvación es posible. Sólo los grandes pecadores son capaces de conmovernos con sus grandes momentos de arrepentimiento. Como en el caso de Lope de Vega:

*¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¿Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!
¿Cuántas veces el ángel me decía:
"Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!"
¡Y cuántas, hermosura soberana:
"Mañana le abriremos" -respondía-,
para lo mismo responder mañana!*

La herencia que recibimos es muy grande, enorme, y lleva la firma de nuestros grandes imagineros: el gran, enorme, sublime, Gregorio Fernández, máximo exponente de la escuela de Valladolid, heredero de Berruguete, cuya policromía expresiva y realista podemos contemplar en la calle estos días y, durante todo el año, en el Museo Nacional Colegio de San Gregorio. Fernández es heredero, también, de Juan de Juni, maravilloso exponente del

arte más temprano, un francés que vino a trabajar y a morir aquí. Son nombres señeros que añadir a Alonso de Rozas, Francisco del Rincón, Pedro de Sierra o contemporáneos como Miguel Ángel Tapia. A su trabajo y el de otros muchos debemos tanta belleza por la calle. A ellos y a las hermandades y cofradías a las que quiero mencionar para rendirles el pequeño homenaje que se merecen: Cofradía Penitencial y Sacramental de la Sagrada Cena; Cofradía Penitencial de la Oración del Huerto y San Pascual Bailón; Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado; Hermandad de Nuestro Padre Jesús Atado a la Columna; Hermandad del Santo Cristo de los Artilleros; Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno; Cofradía del Santísimo Cristo Despojado; Cofradía de la Pasión de Cristo; Cofradía de la Exaltación de la Cruz y Nuestra Señora de los Dolores; Cofradía de las Siete Palabras; Hermandad del Cristo de la Luz; Venerable Cofradía de la Preciosísima Sangre; Cofradía del Descendimiento; Cofradía de la Vera Cruz; Cofradía de la Piedad; Cofradía de la Orden Tercera Franciscana Seglar; Cofradía del Santo Entierro; Cofradía del Santo Sepulcro y Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias. Para ellos, nuestro cariño, porque para ellos, todo el año es Semana Santa y su esfuerzo, ímprobo, y sus horas de dedicación elevan a Valladolid muy cerca del cielo.

Las calles de Valladolid volverán a convertirse en un templo, en la capilla más hermosa, en un espacio para la reflexión y el reencuentro con nosotros mismos. La tradición volverá a triunfar un año más porque habremos vuelto a recuperar los mismos

sentimientos y los mismos recuerdos que con las mismas imágenes y las mismas pulsiones con las que se vio mi bisabuelo Emilio Ferrari.

No hay nada más hermoso que esto, ni más ciudadano, ni más tradicional. Es hermoso porque el espectáculo es muy bello gracias a la enorme dedicación de las cofradías y hermandades y de las miles de personas que dedican su valioso tiempo a componer este espectáculo cooperativo y bello que son nuestros desfiles procesionales. Es ciudadano porque se desenvuelve en la calle, cerca de nuestras plazas y aceras, los lugares donde en invierno tenemos frío y nuestros hijos juegan con la nieve, cuando nieva, donde en verano engañamos al calor viendo pasar la noche, las calles de la primavera y sus luces tan peculiares, ese es el ámbito ciudadano en el que tiene lugar la oración colectiva en que se convierte la Semana Santa de Valladolid.

Y es tradicional, porque forma parte de la herencia que recibimos y que legaremos. La grandeza del ser humano consiste en saberse partícipe de una cadena cuyos eslabones se fortalecen en la medida en que se ensamblan fuertemente entre sí. Y la Semana Grande de la capital del Pisuerga es la cadena más excelsa, en la que nos unimos a quienes nos precedieron y asimos a los que vienen detrás de nosotros mismos para gestionar nuestro legado. Muchas veces me pregunto cuál es la relevancia de nuestras cuitas cotidianas.

Y sobre todo, la calle, el bullicio, la animación, la gente. Riadas de personas, cientos de miles, que llegan a Valladolid desde todos los puntos de España para disfrutar de nuestras procesiones, pero también de nuestros restaurantes y nuestras tapas. El auténtico escenario de la Semana Santa es la Calle, en mayúsculas.

Soy periodista y me dedico a construir la crónica de la historia de mi tiempo juntando las piezas del día a día. Si miramos las cosas de cerca parecen tener un tamaño que empequeñece cuando observamos con una perspectiva más amplia. Vistas desde lejos las cosas no son lo que parecen y, en todo caso, pueden y deben ser relativizadas. Este tiempo de silencio y oración que es la Semana Santa dicta una enseñanza adicional que quisiera que todos valorásemos, ahora que vivimos tiempos de crisis en que a veces parecen removerse los cimientos en que reposa nuestra cotidianidad. La lección es que debemos aprender de quienes nos precedieron y poner en valor su legado, convertirlo en un activo del presente. Nuestra soberbia radica en la falta de perspectiva con la que apreciamos lo cotidiano, como si fuéramos a durar siempre, como si delante de nosotros no hubiese otra cosa que lo que somos. Esta crisis pone en cuestión los fundamentos y nos invita a rehacer los cimientos en los que basamos nuestro quehacer. Y en Semana Santa recordamos lo que fueron quienes nos precedieron y lo que debemos ser si traducimos su legado al uso cotidiano.

Y es por ello por lo que quiero, para concluir, invitar a todos ustedes a participar. Quiero, además, agradecer a cuantos la hacen posible su dedicación y esfuerzo por mantener tan alto el listón de nuestra semana mas hermosa. Quiero pedirles que perseveren año tras año, en medio de las dificultades, a veces penurias, que tienen que sortear para poder sacar las procesiones a la calle. Quiero hacer votos por que cada vez más hermanos y hermanas se hagan cofrades, para seguir manteniendo esa masa crítica de personas sin las que no sería factible mantener un empeño colectivo de esta

magnitud. Quiero instar a las autoridades a que sigan pendientes de esta colosal obra colectiva para apoyarla en todo momento. Y quiero comprometerme ante ustedes, como Pregonero hoy, como cronista, mañana, como periodista siempre, a seguir pregonando allá donde fuere las bondades de Valladolid y sus procesiones, su imaginería, sus bellos lugares e ignotos rincones; quiero hacerme Pregonero perenne para glosar no sólo hoy, sino siempre, la ciudad de mi madre, en cierto modo mi propia madre adoptiva, Valladolid, la que heredamos y que hemos de legar semana a semana, año tras año, Semana Santa, tras Semana Santa.

Dado en la Muy Noble, Muy Leal, Heroica y Laureada Ciudad de Valladolid, a ocho días andados del mes de abril, en el año del Señor de 2011.

Muchas gracias por su atención

Javier González Ferrari



